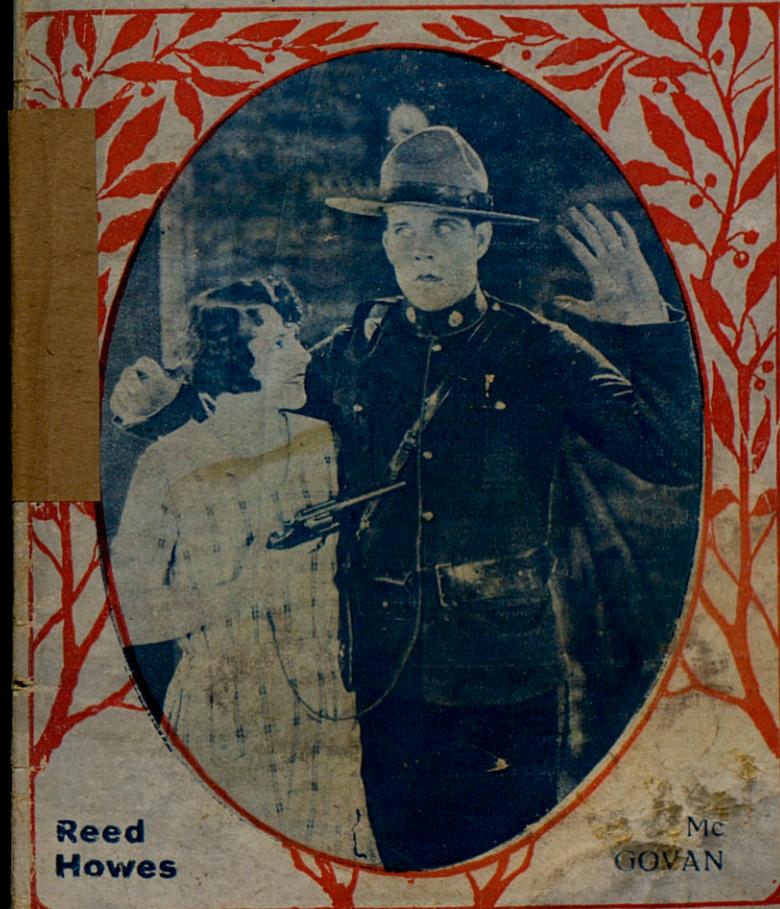


Biblioteca-Films

183 Morán, el de la Montada

25
CTS.



I

En el corazón del Canadá, rodeado de árboles milenarios y regado por riachuelos, que son como venas de oro de la tierra, se hallaba cerca del lago Longue, como un vigía de aquellas vastas soledades, el puesto de Policía Montada.

Cerca del cuartelillo de policía, unos hombres, caballeros de la Aventura, habían puesto sus esperanzas de riqueza en una mina que, hasta el presente, no había dado más que eso... esperanzas.

Uno de estos caballeros, buscadores de oro, era Eduardo Carlson, que con Martín Duboc y otro socio compartía la propiedad de la mina. Carlson, hombre de relativa rectitud, no se avenía muy bien con sus otros compañeros, dos soberanos bribones; pero la ilusión de poder separarse de ellos cuando lograse encontrar el preciado metal, le hacía sufrir con paciencia los muchos defectos que adornaban la vida de aquellos dos granujas.

Pero, desgraciadamente, el tiempo iba pasando, los días se sucedían sin interrupción y el codiciado metal no aparecía por parte

alguna. Por fin, un día, en la galería de Duboc, Carlson encontró indicios de oro.

Loco de alegría por su descubrimiento, Carlson dió cuenta de su hallazgo a su socio, diciéndole:

—Duboc, es inútil seguir trabajando en mi galería. Vamos a trabajar en la tuya, donde he encontrado estas pepitas de oro.

Duboc comprendió que tendría que reparar con Carlson el producto de la mina y con el deseo de ser el único que se aprovechara de ella, trató y consiguió que su socio abandonase la idea de seguir trabajando en su mina, diciéndole:

—No, Carlson, créeme; sería perder el tiempo. Esas pepitas las encontré en la tuya, y pensaba decírtelo, si no te hubieras adelantado a verlas. Día tras día vengo cavando en mi galería sin encontrar una partícula de oro.

Y el buen Carlson, fiado en las palabras de su compañero, cayó una vez más en la red que éste le tendía.

En aquella sociedad de hombres solos, para escuchar el sonido argentino de una risa de mujer, era preciso ir a la taberna de Lamont, donde estaba la única mujer que vivía en aquellos alrededores. Era ésta Flora Lamont, sobrina del dueño del establecimiento, cuya juvenil belleza se hallaba realizada por la nobleza de sus sentimientos. En cambio Pedro Lamont, propietario de la taber-

na y socio de Carlson y de Duboc, era un hombre indeseable, que tenía el talento de bordear hábilmente el Código Penal sin caer en su jurisdicción.

Uno de los más asiduos concurrentes a la taberna era Pancho Mullin, el borracho más empedernido de toda aquella gente. Llegó a aquella tierra en busca de oro, pero el alcohol lo encadenó con sus seducciones de sirena y pronto quedó convertido en un triste guíñapo humano, a quien todos despreciaban con cruel desdén.

Aquel día se encontraba, como otros muchos, en completo estado de embriaguez, y Lamont, para arrojarlo de su establecimiento, le golpeaba bárbaramente diciéndole:

—¡A la calle, granuja! ¡Cuando tengas dinero vuelve y te daré bebida!

Flora, compadécida del infortunio de aquel desgraciado, se interpuso entre él y su tío, diciéndole a éste:

—¡Bárbaro! ¡No consiento que usted ni nadie maltrate a ese pobre infeliz delante de mí!

—¡Y a ti quién te manda meterte donde no te llaman? ¡No sabes que en mis asuntos no permito que intervenga nadie más que yo?

Pero la joven, sin amilanarse por el tono amenazador con que fueron dichas las anteriores palabras, contestó enérgicamente:

—Ya sabe usted que jamás me he preocupado de sus asuntos, pero tampoco puedo



En el alma de Flora el odio de los primeros momentos se había trocado en otro sentimiento más dulce.

consentir que se maltrate despiadadamente a un hombre que no puede defenderse.

—¡Bien por las mujeres valientes! —aplaudieron varios parroquianos.

Encolerizado por aquella exclamación, el tabernero iba a descargar su furia sobre la inocente muchacha, pero Dubac se lo impidió.

dió entrando en aquel instante y diciéndole:

—Déjala, Lamont. Con la mujer se lleva siempre las de perder. Escúchame un momento, que tengo que hablarte de una cosa importante.

—Veamos. ¿Qué es ello?—preguntó el dueño de la taberna, acercándose a su socio, que continuó diciéndole:

—Tú sabes que siempre te he tenido por mi mejor amigo y hoy estoy dispuesto a probártelo haciéndote rico, con una pequeña condición: que me des por esposa a tu sobrina.

—Si me conviene tu negocio, trato hecho, aunque creo haber advertido que no eres santo de su devoción; pero eso no importa; es mi voluntad la que vale, y ella hará lo que yo le mande.

Duboc sacó entonces las pepitas encontradas por Carlson y enseñándoselas le dijo:

—Mira lo que ha encontrado Carlson en nuestra mina. Como ves, es más rica de lo que creíamos y ni siquiera lo sospecha él.

—Pues es preciso que lo ignore—exclamó Lamont, bajando la voz, para no ser oído más que de su compañero.

—Ya suponía yo que el negocio te interesaría—repuso el minero, sonriendo cínicamente.

—Es preciso que nos deshagamos de Carlson, sea como fuere—volvió a decir el tabernero.

—Ya he pensado yo en ello y lo mejor es que yo busque riña con él, y tú, aprovechando su descontento le compres su parte en la mina.

Los gritos de algunos jugadores que había en la taberna, casi no dejaban hablar a los dos cómplices, y Lamont se levantó de su asiento para echarlos a la calle, diciéndoles:

—¡Haced el favor de suspender el juego! Los dos policías del puesto no miran con buenos ojos mi establecimiento y sólo esperan una ocasión para echármese encima.

—No tenga miedo, Lamont; los dos son buenos amigos y puede estar tranquilo—respondió uno de los jugadores.

—Eso lo dices porque no los conoces—respondió el tabernero. El sargento Buxter no vacilaría en ahorecar a su propio hermano si lo cogiese en algún delito y Moran es un mal amigo, como todos los policías. No quisiera yo tenerlo cerca de mí si me pasase por la imaginación un mal pensamiento.

Criada en aquel ambiente de odio a la ley, Flora Lamont sentía por los policías una antipatía profunda. El único que le era menos desagradable era Gustavo Moran, y a ello contribuía el que, en contraste con la severidad y rigidez de su profesión, el joven policía tenía la alegría desbordante de la juventud.

No habían hecho los jugadores más que

abandonar la partida, cuando se presentaron los dos policías, aludidos en la conversación anterior, y Moran, después de inspeccionar con la vista el establecimiento, se acercó al dueño del mismo y le dijo en tono de broma:

—Esta vez está usted dentro de la ley, Lamont, y nada tengo que decirle, pero ándese con mucho cuidado por lo que pueda suceder.

—No tengo nada que temer, Moran. Mi negocio es un negocio honrado—repuso el tabernero con hipócrita humildad.

II

El plan concebido por Duboc no tardó en dar los resultados apetecidos y Carlson, comprendiendo que jamás podría llegar a un acuerdo con sus socios, se presentó a los pocos días en la taberna diciéndole a su propietario:

—Acabo de tener otra riña con Duboc. Es un hombre con el que no se puede estar a buenas.

Lamont creyó llegado el momento oportuno y le propuso a su socio:

—Escucha, Carlson, si tan mal te llevas con Duboc y tan poco produce la mina, ¿por qué no vendes tu parte?

—Quizás no vayas descaminado...—repuso

su compañero, apurando un nuevo vaso de whisky.

Moran, aunque parecía indiferente a aquella conversación, había prestado atención desde un principio y cuando Carlson volvió a quedar solo se acercó a él y le dijo:

—Puesto que está usted decidido a vender la parte de su mina, yo se la compro ahora mismo.

—No quiero engañarle, Moran—le contestó el minero en un rasgo de honradez—. La mina es pobre, por ahora, pero no sabemos lo que puede ser el día de mañana.

—No importa, yo se la compro a usted y en paz. Nunca había pensado en ser minero, pero puesto que se me presenta la ocasión la aprovecho.

Lamont, al ver que el policía estaba a punto de malograrse aquel negocio, esperó a que se separara Moran, para aconsejarle:

—Carlson, escucha un consejo. No vendas ahora nada; has bebido y los negocios hay que tratarlos muy serenamente.

—He dado mi palabra de venta y nada puede hacerme volver atrás. Desde ahora Moran será vuestro socio—le respondió decididamente el minero.

Lamont, indignado por aquella resolución, quiso amedrentar a Carlson y para ello le recordó la forma en que adquirieron la mina, diciéndole:

—¡Cuidado, Carlson! Tu jugarreta puede

volverse contra ti, si tu amigo el policía tiene la ocurrencia de pedir el título de propiedad para examinarlo, acuérdate de que el anterior propietario murió asesinado. ¿Qué diría Moran si conociese la forma en que murió el antiguo dueño y supiese que el título que tengo en mi poder es falsificado?

—No me importan tus amenazas. Estoy decidido a terminar con vosotros y así lo haré —repuso Carlston enérgicamente.

—¡Mucho ojo, amiguito, mucho ojo! —volvió a decirle Lamont—. Piensa que aquel crimen no está olvidado más que a medias.

—¿Y a mí qué me importa? Tú sólo fuiste el autor de aquella muerte... yo tengo únicamente sobre mi conciencia el delito de falsificación... Conque ya puedes hablar cuanto quieras —repuso el minero.

Lamont conocía a fondo el carácter de su socio y estaba seguro de que éste no se volvería atrás de la palabra empeñada y pensó que lo mejor sería proponerle al policía la venta de la parte que acababa de comprar.

—Ya sé que ha hecho usted un buen negocio.

—Sí, acabo de comprar a Carlson la parte que tiene en la mina.

—Si usted quiere, yo le compro ahora misma esa parte, aunque tenga que pagarle doscientos o trescientos dólares más —le propuso Lamont.

—No me interesa venderla, la verdad.

Quiero primero probar si sirvo para minero.

Trató nuevamente el dueño del establecimiento de tentar la codicia del policía y por fin se separó de él maldiciendo la hora en que aquel endemoniado hombre se había mezclado en su negocio.

Como hemos dicho anteriormente, Flora profesaba un odio cerval a los uniformes, pero de este sentimiento de la joven el único que no participaba de él era Moran.

La joven, muy a su pesar, comprendía que el policía iba interesándole cada vez más, y sin tener en cuenta las amenazas de su tío, aprovechaba todas las ocasiones para tratar conversación con él y esto mismo hizo aquel día, hasta que el dueño de la taberna la llamó a su lado y le reprendió su conducta, diciéndole:

—¿No tienes que hacer otra cosa que perder el tiempo con ese polizonte? ¡Te he dicho mil veces que no quiero que te roces con esa gente!

Pero todo era inútil. En el alma de Flora el odio de los primeros momentos se había trocado en otro sentimiento más dulce y era ahora ella la que anhelaba la compañía del hombre por quien su corazón latía aceleradamente.

Un día, mientras la muchacha se entretenía, cogiendo flores a la orilla de un río, perdió pie y cayó dentro del agua.

En su angustia, por el temor de perecer

ahogada, comenzó a dar voces pidiendo socorro y sus gritos llegaron hasta Moran, que casualmente recorría aquellos lugares.

De un salto llegó hasta donde estaba la joven y sin pensar en otra cosa que en salvar su vida, se arrojó al agua, para salir poco después llevando en sus brazos desmayada a la muchacha.

Sin perder un instante la condujo a su cabaña y una vez que logró hacerla recobrar el conocimiento, le dijo:

—Ahora voy a prepararle a usted un poco de café en la habitación contigua, mientras se seca la ropa.

Flora agradeció la amable solicitud del joven con una mirada en la que se reflejaba todo su inmenso cariño y le respondió dulcemente:

—Gracias, Moran. Le debo a usted la vida. Nunca olvidaré su generosa acción.

Y en tierno coloquio pasaron las horas, con asombrosa rapidez, para los dos enamorados que no se daban cuenta del tiempo transcurrido.

Cuando Moran conducía a su cabaña a Flora, Duboc vió a los dos jóvenes y atormentado por los celos se fué inmediatamente a la taberna y le dijo a su socio:

—¿Sabes que a Flora le importan muy poco tus reprimendas?

—¿Por qué lo dices? —le preguntó el tabernero.



Y en tierno coloquio pasaron las horas con asombrosa rapidez.

—Porque la he visto entrar en la cabaña de Moran y esa amistad, que puede convertirse en amor, creo yo que nos va a resultar cara.

—Yo te juro que, o la haré abandonar esa amistad, o tendrá que salir de mi casa a mendigar por los caminos—amenazó colérico Lamont y, al ver entrar poco después a su sobrina, acompañada del policía, le gritó indignado a éste:

—¡Me va usted a hacer el favor de no acercarse más a mi sobrina! ¡Quiera usted o no, soy yo quien manda en ella!

Moran se abstuvo de contestar nada, pero al ver que Lamont intentaba maltratar a la joven, se abalanzó sobre él, como una fiera y le derribó por tierra de un terrible puñetazo, a la vez que le decía:

—¡Por ahora me contento con esto, pero el día que vuelva a poner la mano sobre su sobrina lo pagará caro, Lamont!

Este conocía de sobra la fuerza del policía y sin quererle hacer frente, por aquella vez se contentó con amenazarle:

—¡Ahora es usted el más fuerte! ¡Bien! ¡Pero cuide de que yo ne le vea con ella otra vez, porque le pegaré un tiro!—y dirigiéndose a Flora continuó diciéndole:

—Tú verás lo que haces; sobre todo, no te quejes luego de las consecuencias. Recuerda que te advertí a tiempo el peligro.

—¡No olvide usted tampoco que yo no

ameñazo en vano y que usted me responde de lo que a ella le sucede!—terminó diciendo el policía y salió de la taberna, dejando a Flora en unión de su tío y de Duboc, que había presenciado toda la escena.

A pesar de tolerarse en el Canadá la venta de ciertas bebidas alcohólicas, el contrabandismo se practicaba, favorecido por las grandes extesiones despobladas, pero desde que Moran fué destinado a aquellas regiones los contrabandistas iban cayendo en su poder con una facilidad pasmosa.

La mayoría de las noches el celoso policía recorría las cercanías del poblado y era casi imposible el introducir un alijo sin que fuera descubierto y apresado por él.

Una de estas noches creyó percibir varias sombras que se deslizaba nentre las matas y se dijo interiormente:

—Me parece que hoy vamos a tener baile. O mucho me equivoco o esas sombras son contrabandistas.

Mientras tanto uno de los contrabandistas, pues ellos eran en efecto, como había supuesto Moran, sacó su revólver e iba a disparar sobre el policía, cuando su compañero le detuvo, diciéndole:

—¡No dispare, imbécil! ¡La Policía Montada no pararía hasta darnos caza!

—Pues es necesario huir—repuso el otro, al ver que se acercaba hacia el lugar donde estaban escondidos—. Ese policía nos ha des-

cubierto y no tardaremos en caer en sus garras, si no nos ponemos fuera de su alcance.

—Es lo mejor que podemos hacer—aceptó el primero—. Vamos a intentar correr más que él.

Así lo hicieron y Moran, al ver que huían, salió en su persecución y no tardó en apoderarse de ellos.

—¿A quién iba dirigido este contrabando? les preguntó cuando los tuvo en su poder.

Los contrabandistas guardaron silencio y Moran, antes de recurrir a la violencia, volvió a decirles:

—¡No quieren ustedes hablar, eh?... Ya veremos si les dura mucho esa decisión cuando lleguen al puesto.

En efecto, cuando se encontraron en él y vieron que llevaban las de perder, declararon a quién iba dirigido el contrabando diciendo:

—Lamont nos había encargado que le llevásemos este contrabando y nosotros no hacíamos más que cumplir sus órdenes.

—¡Bien hice yo en sospechar de ese hombre!—exclamó Moran—. Siempre le he tenido por un hombre capaz de cometer todos los delitos, aunque, hasta ahora, no se le pueda acusar de nada concretamente.

—No se apure, Moran—le contestó el sargento—. Tarde o temprano caerá en nuestras manos y pagará de una vez todas sus culpas.

—Yo creo que lo mejor sería expulsarlo

de este territorio—propuso el joven policía, pero su jefe se negó a ello diciéndole:

—Eso es imposible. Lamont está dentro de la ley y mientras no se le coja con las manos en la masa, puede vivir donde más le plazca.

Claro está que el odio de Moran no era sólo por la conducta inexplicable de aquel individuo, sino que en ello entraba también el trato que sabía le daba a su sobrina, por quien el muchacho sentía un profundo y sincero cariño.

Hasta entonces había tenido que contenerse, pero ahora con laclaración de aquellos hombres, le era mucho más fácil atemorizar a Lamont y obligarle a que dejase en paz a la linda joven.

Estaba seguro de que ella también le amaba y en la idea de poder unir para siempre su vida con la de la mujer adorada, cifraba Moran toda su ilusión.

—Y no cree usted suficiente que con la declaración de estos hombres sea suficiente para obligarle a abandonar estos sitios?— volvió a preguntarle al sargento, que le contestó:

—Esperemos a mañana y ya veremos la responsabilidad que le alcanza.

III

Por aquellos lugares vivía un indio llamado Lobo Rojo, que, como los lobos verdaderos, habitaba en los bosques y sólo se presentaba en los poblados cuando la falta de recursos le aceuciaba.

Sin duda debía de encontrarse en este último caso, puesto que se presentó en la taberna de Lamont diciéndole a éste:

—Quiero dinero a cambio de las pieles mías que usted guarda.

—La última vez te pagué seiscientos dólares por pieles que sólo valen cuatrocientos—repuso Lamont—. Me debes dinero, por lo tanto.

—¡Mentira, mentira!—exclamó el indio—. ¡Las pieles valían mucho más! ¡Si no me las pagas iré al puesto de policía para que te obliguen a ello!

—¡Lo que voy a hacer es romperle la cabeza si no te quitas pronto de mi vista!—le amenazó el tabernero, haciendo salir al indio, que se encaminó, como había dicho, al puesto de Policía Montada.

En él se encontraba Moran y a él se dirigió el indígena diciéndole:

—¡Lamont me está estafando! Le di hace tiempo una gran cantidad de pieles, y en vez de pagármelas, aún dice que le debo dinero. ¡Venga conmigo! ¡Usted debe arrestar a Lamont inmediatamente!

—Imposible, amigo. Antes tengo que hacer una investigación.

El indio, creído en que, por tratarse de él, hombre de raza distinta, el policía se negaba, se lamentó diciendo:

—¡Mal hice yo en confiar en los hombres blancos! ¡Tendré que tomarme la justicia por mí mano!

Por la noche, cuando Moran se disponía a descansar de las fatigas de todo un día de constante trabajo, sonaron en la puerta de su cabaña unos débiles golpes y salió para cerciorarse de qué se trataba.

Su sorpresa fué ilimitada cuando vió entrar a Flora, quien echándose en sus brazos exclamó sollozando:

—¡He venido a buscarle, porque no quiero seguir al lado de mi tío!... Me ha maltratado bárbaramente.

—Pero usted no puede quedar aquí, Flora. Si alguien la viese, ¿qué pensaría?—le advirtió Moran.

—No me importa nada, Gustavo—respondió la joven—. Mi único temor es por usted... Mi tío ha prometido matarle si le vuelve a ver conmigo.

—Pierda cuidado, Flora; su tío no hace más que eso: prometer.

Pasado el primer momento de intranquilidad, la calma fué adueñándose del alma de los dos enamorados y Moran, ebrio de felicidad por encontrarse al lado de la mujer ador-

rada, le prometió, estrechando entre sus manos las de la muchacha:

—Cuando yo me vaya de aquí, la llevaré a usted conmigo, Flora... Verá usted otro mundo más humano, otros panoramas más sugestivos.

—Sí, Gustavo—respondió la joven—. Quiero huir de este ambiente pernicioso... Olvidar los gritos de la taberna y volver a la vida de mi infancia.

Y haciendo proyectos para el porvenir, para un porvenir de rosa que entreveían sus corazones de enamorados, transcurrieron las horas de la noche.

IV

A la mañana siguiente un sangriento suceso vino a turbar la paz de los habitantes de aquellas comarcas. Varios parroquianos, entre los que se encontraba Duboc, hallaron el cadáver de Lamont.

Inmediatamente dieron parte al cuartelillo de la policía y el sargento del mismo se personó en seguida en la taberna, donde ya estaba el facultativo que había sido llamado para asistir al herido.

Al lado de éste se encontraba Duboc, que se exclamaba dolorosamente diciendo:

—¡Amigo mío! ¡Amigo del alma! ¡Quién ha sido el miserable que te ha quitado la



—¡Bueno hice yo en sospechar de ese hombre!

vida? ¡Dímelo para hacerle pagar caro su crimen!

Pero todo era inútil. Lamont hacía tiempo que había dejado de existir y lo único que hizo el doctor fué extraerle la bala que había quedado en la herida.

El sargento de policía, cansado de oír las exclamaciones de Duboc, levantó a éste de donde estaba arrodillado y le preguntó:

—¿Qué sabe usted acerca de esto? ¿Conoce usted a alguien que tuviera resentimientos con Lamont?

—Sí, Moran—acusó el minero—. Quizás él no sea ajeno a esta muerte... Lamont había prometido matarle, y él, por tomarle la delantera, le habrá asesinado.

—¡A ver, que busquen inmediatamente a Moran!—ordenó el sargento a uno de sus hombres.

Momentos después se encontraba el acusado ante su jefe, que le interrogó:

—¿Dónde estaba usted cuando fué asesinado Lamont?

Moran hubiera podido contestar fácilmente a esta pregunta con sólo decir dónde había pasado la noche, pero el temor de comprometer a Flora le hizo callar.

En vista de su silencio, el sargento se dirigió al médico y le preguntó:

—Qué calibre tiene la bala?, Doctor.

—Cuarenta y cinco—respondió éste.

—Esta bala salió del revólver de un policía—exclamó el sargento examinando la que le entregó el galeno—. El de usted, Moran, tiene ese calibre.

Flora, que con Moran había llegado a la taberna, al ver la acusación que pesaba sobre él, exclamó, al oír las palabras del sargento.

—El revólver de Moran no ha sido disparado.

—Entréguese su revólver, Moran—volvió a decir el sargento, sin hacer caso de la exclamación de la muchacha.

Lo que menos podía sospechar el joven po-

licía era que una mano traidora le había quitado el revólver, mientras él hablaba con Flora y por lo mismo se consideró perdido, cuando el sargento después de mirar el cargador se lo devolvió diciéndole:

—Su revólver está descargado, Moran.
¿Cómo explica usted esto?

—Es que lo disparé hace días y se me olvidó cargarlo de nuevo—contestó el interrogado; pero esta respuesta no satisfizo por completo al sargento y volvió a decirle:

—Moran, ningún individuo de la Policía Montada fué jamás condenado por asesinato... y a mí se me hace muy penoso creer en su culpabilidad. Nosotros hemos hecho una religión del honor, usted lo sabe. Cualquiera de los nuestros tiene en mayor estima el honor que la vida. Tiene usted diez días de plazo para buscar al asesino de Lamont... si en ese tiempo no lo consigue use su revólver y salve del deshonor al Cuerpo de Policía Montada.

—¡Le juro a usted, sargento, que yo no maté a Lamont!—exclamó Moran, en un tono que no dejaba lugar a duda, pero como su superior tenía formado un concepto tan restringido de la ley, volvió a decirle:

—Eso no basta para demostrar su inocencia. Es preciso que descubra usted al culpable y le haga confesar su crimen.

—¡Le prometo que así lo haré!—contestó

el acusado, saliendo de la taberna, después de decirle a Flora:

—Pase lo que pase, usted no hable hasta que yo se lo diga. Tenga confianza en mí y piense que antes de diez días habré descubierto al asesino de su tío.

IV

Recordó Moran el odio del Lobo Rojo hacia Lamont, y, después de algunos días de vanas pesquisas, dió al fin con su guardia.

—¿Por qué mataste a Lamont? —le preguntó al indio mientras lo tenía encañonado con su pistola.

—¡Le juro que soy inocente! — contestó éste.

—¡Mientes, granuja! Si no matates a Lamont, ¿por qué te ocultas, por qué huyes de mí?

—Por miedo a que me creyesen culpable. Yo quería obtener dinero a toda costa y aquella noche fui a ver a Lamont, pero antes de realizar mi propósito, alguien me golpeó en la cabeza y me hizo caer al suelo sin sentido.

—¿Quién era el hombre que te golpeó? — volvió a preguntar Moran.

—Me parece que era Eduardo Carlson.

—Me parece que estás diciendo la verdad,



El temor de comprometer a Flora le hizo callar.

pero de todos modos, se va usted a venir conmigo a casa de Carlson.

Después de dos días de marcha penosa a través de los bosques, llegaron a la mina abandonada donde se ocultaba Carlson, y el policía, tan pronto como se vió enfrente de él le dijo:

—¡Usted mató a Lamont! ¡Confiéselo!

—¡No, es mentira!—contestó Carlson, sin poder ocultar su azoramiento—; Yo no soy un asesino!

—Sin embargo Lobo Rojo le vió a usted salir de la taberna la noche del crimen.

—Fuí a buscar un documento que me interesaba mucho, pero cuando yo llegué, Lamona estaba ya muerto y por miedo no descubrí el crimen.

—¿Además de usted, había alguna otra persona a quien le interesase ese documento?—preguntó el nuevo el policía.

—Sí, a Duboc. Era un título falsificado de nuestra mina, que Lamont utilizaba como arma contra nosotros.

Mientras tanto, Duboc trataba de vencer la hostilidad de Flora convenciéndola de la culpabilidad de Moran, diciéndole:

—Moran es un miserable. No volverá, pequeña, no le esperes. Recuerda que le prometiste a tu tío qué te casarías conmigo.

—¡Mentira! Yo no hice nunca esa promesa. Siempre me fué usted odioso y desde que murió mi tío me lo es más.

—No seas tonta, Flora y escúchame; yo puedo hacer tu felicidad.

—Antes de casarme con un hombre como usted, prefiero mil veces la muerte.

—Está bien. Tú piensa lo que más te conviene, pero te aseguro que nunca, nunca, serás de Moran.

Este, a su vez, había llegado al puesto de policía con sus dos prisioneros, y dió cuenta al sargento del resultado de sus pesquisas.

—¡Bien Moran, bien! Ya veo que ha aprovechado usted el tiempo!—le dijo el sargento, que apreciaba entrañablemente al muchacho, pero éste contestó:

—No del todo, sargento. Las apariencias acusan a esos dos hombres, pero yo no les creo culpables.

—Pues, entonces, dese usted prisa, porque su plazo se termina esta noche.

—Se me ocurre una idea, sargento; Mullin, el borracho, estaba aquella noche en la taberna y tal vez consiga que me ayude.

El pobre Mullin, a fuerza de beber, el alcohol había atrofiado por completo su cerebro y apenas si podía coördinar algunas ideas.

A él se dirigió Moran y le dijo:

—Mullin, esta noche reconstituiremos en la taberna la escena del crimen. Procure usted hacer un esfuerzo de memoria.

Y aquella noche la taberna se convirtió en escenario de una trágica comedia.

Duboc, apenas iniciada, pretendió marcharse, pero Moran le retuvo diciéndole:

—No se vaya, Duboc. Bebamos otro poco y sigamos viendo cómo fué asesinado su gran amigo Lamont.

De pronto entre todos los que presenciaban aquel espectáculo sobresalió la voz de Mullin que dijo:

—¡Duboc es el asesino de Lamont!

—Pero ¿qué dice ese borracho?—exclamó Duboc disimulando.

—Que usted mató a Lamont—le contestó Moran, fingiendo que no le daba importancia a las palabras del borracho, pero Duboc no pudo sufrir por más tiempo aquella reproducción del trágico suceso y exclamó indignado:

—¡Basta ya! ¿Qué significa esta broma estúpida? ¡Me hacen ustedes reír, con sus tonterías!

—¡Ahora, ahora recuerdo—continuó diciendo Mullin—. El hombre que mató a Lamont pasó por aquí y a la luz pude verle bien la cara. Al llegar donde estaba la luz, sopló y todo quedó en tinieblas y ese hombre era Duboc.

—¡Mentira!—gritó éste—. ¡Se han propuesto ustedes perderme y para ello han comprado a este miserable!



—Su revólver está descargado, Moran.

—Eso ya lo veremos—exclamó el sargento. Por lo pronto queda usted detenido.

Pero Duboc, en vista del mal aspecto que tomaba el asunto, dió un tremendo empujón al sargento y salió huyendo, a todo correr.

Más rápido que el pensamiento, Moran salió tras él y después de una fantástica carrera consiguió alcanzarlo.

Duboc comprendió que estaba irremisiblemente perdido, y antes de entregarse al policía decidió jugarse la última carta. Cuando Moran llegó hasta donde él estaba se arrojó sobre el policía con el ánimo de acabar con él de una vez, pero éste, más fuerte que su adversario aguantó la acometida y le hizo frente.

A partir de aquel momento se trabó una lucha tremenda entre los dos rivales, cuyo final era difícil de prever.

Duboc peleaba con la desesperación del naufrago que ve perdida su única tabla de salvación, mientras que Moran luchaba con el deseo de demostrar su inocencia ante todo el mundo.

Por fin la justicia triunfó una vez más y Duboc tendido a los pies de Moran se confesó vencido, exclamando:

—¡Yo diré toda la verdad?

—¡Confesarás al fin que fuiste tú quien asesinó a Lamont? —le preguntó el policía levantándolo del suelo.

—Sí, fuí yo quien le mató, pero déjeme en paz.

Cuando Moran volvió a la taberna con su prisionero lo abrazó el sargento diciéndole:

—¡Mi enhorabuena, Moran! ¡Ya sabía yo que usted no podía ser el asesino!

Pasaron los días. El ambiente de tragedia que por algún tiempo alteró la paz natural

de aquellos campos pasó, como una terrible pesadilla y fué olvidándose poco a poco el sangriento suceso.

La honradez y actividad de Moran recibieron también su premio. Los meritorios servicios que durante tantos años había prestado en el Cuerpo de Policía Montada le valieron el ascenso a oficial y el mando de las fuerzas que guarnecean el cuartelillo del lago Loque.

Duboc había sufrido el castigo a que se había hecho acreedor y la mina en completa explotación pertenecía ahora, por falta de herederos, a Moran, que, sin abandonar la profesión a la que había dedicado toda su vida, se hallaba al frente de la misma.

La vida entera le sonreía y ante él aparecía el horizonte despejado de toda nube.

A la puerta de la taberna, de aquella casa, que en otro tiempo fué albergue de vicio y ruindades, Moran y Flora recordaban los tiempos en que la desgracia se cernía sobre ellos amenazando con destruir su futura felicidad.

Flora, apoyada su linda cabecita sobre el hombro del hombre amado, le miraba con infinita ternura, diciéndole:

—¡Qué dichosa soy, Gustavo; me parece que mi felicidad es mayor de la que me merezo.

—Toda, y más aún te mereces, por buena, Flora. Supiste tener confianza en mí, en los

días negros y justo es que disfrutes ahora del sol que alumbrá nuestras vidas.

Sobre el aire flotaba un beso próximo a estallar, pero la aparición de Mullin detuvo a los enamorados esposos, que sonrieron al ver la cara que ponía el antiguo borracho.

Este curado ya por completo del vicio de la bebida y debidamente asistido por Flora, fué recobrando la salud y con ella las energías perdidas. Había vuelto a ser el hombre trabajador de otro tiempo y vivía con Moran y Flora. Los dos jóvenes le querían y respetaban con el cariño y respeto de un padre y él correspondía de igual modo al afecto que le demostraban profesarse.

Y en aquel mágico atardecer, mientras el sol se ocultaba en el oceano, dos almas tiernamente unidas elevaban al Altísimo un himno de amor que era como una dulce plegaria por la felicidad que les había otorgado.

FIN

PROXIMO NUMERO

El coche del Obispo

estupenda creación de la lindísima estrella

BEBÉ DANIELS

Postal:

Gastón Glass

25 céntimos

Casada... y virgen

NOVELA DE LA EMOCIÓN



No deje de leer esta novela de asunto sugestivo
y misterioso del célebre

Marcel Priollet

afortunado autor de
[ABANDONADA..., en su noche de bodas]

Precio del cuaderno

20 céntimos

— De venta —
en todos los kioscos

— Versión española de
ALFONSO CASTAÑO

ilustraciones del genial
RAPSOMANIKIS